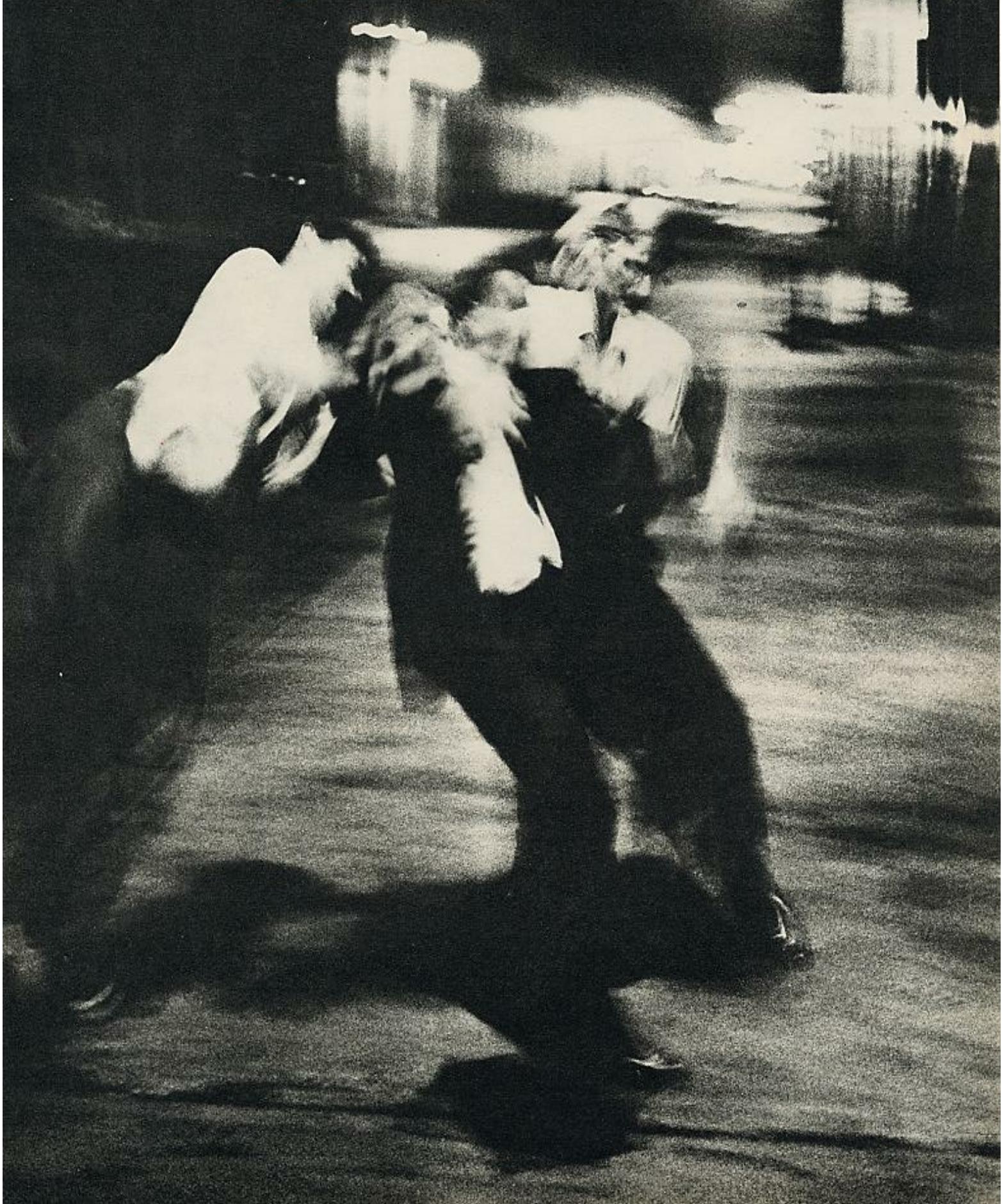


NUEVA Y



ORK

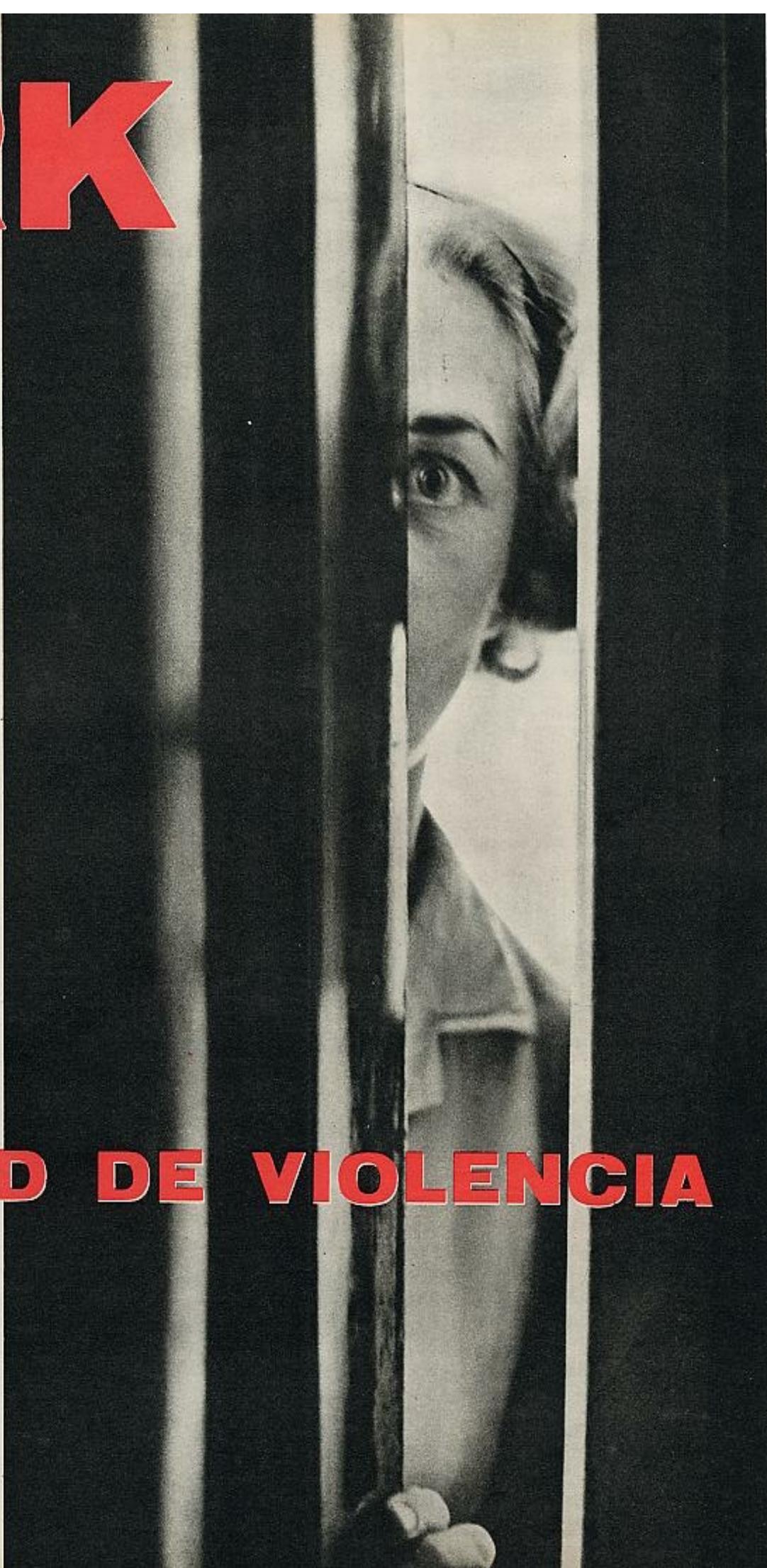
TRES violaciones, dos asesinatos, veintidós atracos, cuarenta personas atacadas, ciento treinta viviendas robadas, cinco mil llamadas de socorro a la Policía... Este fue el trágico balance que cada día ofreció Nueva York en 1964.

El informe que anualmente hace el FBI, mostraba un aumento de la criminalidad muy superior a la tasa de crecimiento de la población. La ola de violencia delictiva en el interior de los Estados Unidos ha hecho que el presidente Johnson nombre una comisión especial, presidida por el secretario de Justicia, Nicholas Katzenbach, para investigar las causas de la criminalidad y dar indicaciones sobre la forma de combatirla.

En ninguna parte tendrá esta comisión un área de trabajo tan extensa como en Nueva York. El «Gran Nueva York» agrupa hoy una población de quince millones de habitantes, casi la mitad de España. Descontado los suburbios queda todavía una ciudad de ocho millones, tantos como el Portugal continental. Hace solamente trescientos doce años —cuando Peter Stuyvesant, gobernador holandés de la colonia, le otorgó categoría de municipio— Nueva York no tenía más de ochocientos vecinos. Ahora la ingente masa humana, que no cesa de aumentar, vive en una urbe castigada por las restricciones de agua, con calles tradicionalmente sucias. Un porcentaje muy crecido de esos quince millones de personas viven en condiciones detestables, **SIGUE**

CIUDAD DE VIOLENCIA

**CADA DIA:
DOS
ASESINATOS,
VEINTIDOS
ATRACOS**





Un grito en la noche. La vida nocturna de Nueva York tiene muchos momentos de violencia y temor.

recorriendo grandes distancias para ir al trabajo diario, solitarios en medio de la multitud urbana más densa del mundo, sin tiempo apenas para reunirse con sus familias. En la ciudad se producen todos los contrastes. Desde un invierno terrible y frío a un verano insoportable. Desde edificios elevadísimos a casas de una sola planta. Todos los idiomas se hablan. Hay gentes de todas las razas...

inseguridad y violencia

En este marco la violencia no conoce límites y se desarrolla a todas horas. Una violencia, muchas veces oculta bajo la capa brillante del mayor emporio universal, acecha a la persona. Hay barrios por los que ningún neoyorquino se arriesgará a pasear después de las ocho de la noche. Los frecuentes hechos le han probado que los veintitrés mil policías que mantienen el orden en Nueva York no podrían, acaso, impedir que de pronto se viera asaltado, golpeado y robado en una calle solitaria. El argot americano tiene ya su término para esta clase de ataque: «mugging», derivado de «mug», jeta, cara. Si alguno tiene que salir, por necesidad, lo hará con los bolsillos casi vacíos; procurará pagar con cheques sus compras; regresará a su casa en taxi, que lo dejará delante mismo de la puerta. Nadie se atreve a correr riesgos. Hay una nueva «hora punta»

para los taxistas: cuando terminan los espectáculos de Broadway.

el metro, sitio peligroso

Pocos tomarán el metro. Ha dejado de ser sitio seguro. Bandas juveniles de delincuentes se dan cita en los andenes subterráneos y los usan como campo para sus fechorías. La inseguridad creció tanto que algunas empresas facilitan alojamiento nocturno a sus empleados, en sitios cer-

canos al lugar de trabajo, los días que habrían de retrasar el regreso a sus casas por haber hecho horas extraordinarias.

El alcalde de la ciudad, Robert Wagner, decidió tomar medidas excepcionales. Desde hace algún tiempo, en cada una de las 482 estaciones que forman la red metropolitana hay siempre un agente de Policía.

También los once coches que componen el convoy tienen su guardia: uno por vagón. Como éstos se comunican entre sí la vigilancia es toda-

Una calle de Harlem, barrio negro de la ciudad. En una refriega los policías combaten con los negros. Como en los tiempos del Oeste la violencia y las armas de fuego son el lenguaje más usual entre los dos bandos.





En Brooklyn un grupo de judíos ha organizado su propia defensa. 120 voluntarios, dirigidos por el rabí Samuel Schrage, actúan como policías con emisoras y coches patrullas.

vía más difícil, porque el delincuente cuenta con mayores facilidades para escabullirse. Añadamos ahora que existen puntos donde confluyen diversas líneas, unas de tipo local y otras de las llamadas «express», y entonces tenemos formado un intrincado laberinto, que hace ardua la tarea de la persecución.

Hoy son ya 1.200 los policías especializados que custodian el metro durante las veinticuatro horas del día (funciona de manera continua, sin interrupciones). Sin embargo, el alcalde estima que aún no es suficiente y pide aumentar la protección. Quiere que ésta sea de dos mil agentes; instalar un circuito cerrado de televisión que controle todas las estaciones y, finalmente, establecer un sistema de alarma, mediante radio, para avisar a

los conductores y permitir que puedan colaborar con la Policía. El pasado año fueron 1.707 los delitos perpetrados solamente en las líneas que enlazan Manhattan —centro de la ciudad— con los arrabales. Los malhechores lograron escapar en un ochenta por ciento de los casos.

Esta ha sido la situación delictiva en el metro de Nueva York. No es de extrañar que el número de usuarios haya disminuido.

más allá del gangsterismo

La inseguridad en el metro y en las calles no puede achacarse al gangsterismo. El gangster considera el crimen como una industria y no actúa

si no ve un fin o ganancia previsible. No está dedicado a este tipo de delitos. El gangsterismo tuvo su centro principal en el Chicago de los años treinta, la época de la ley seca que el Presidente Roosevelt suprimió con buen criterio. Hoy los gangsters, pasada la etapa del licor prohibido, han derivado a otros negocios: juegos, loterías, apuestas en las carreras, tráfico de estupefacientes, etc... Además su organización es colectiva, en grandes clanes, dirigidos por un «boss» o jefe, y mantienen relaciones internacionales (recientemente han sido detenidos en Italia varios de ellos: Frank Coppola, Garofalo, Russo y otros que habían sido expulsados de Estados Unidos por defraudar al Fis- **SIGUE**

co, pues sus crímenes no pudieron probarse). Continúa su acción sobre los sindicatos que controlan a los camioneros y a los obreros del puerto. Pero, como hemos dicho, pueden considerarse un tanto al margen de muchos de estos delitos callejeros. Como reveló la investigación llevada por el senador Kefauver, en los años cincuenta, sobre la organización del crimen en los Estados Unidos, los gangsters modernos procuran actuar dentro de lo legal, ya que no de lo moral.

El problema central de la violencia neoyorkina se centra en otros estratos más amplios y menos profesionalizados hacia lo criminal. Sus móviles suelen ser el robo o la satisfacción de algún instinto reprimido como la agresión o el sexual. Cada tres horas, por ejemplo, se produjo en 1964 un delito de tipo sexual. Las violaciones han aumentado casi en un treinta por ciento respecto al año anterior.

delincuencia juvenil

Lo que más da que pensar de esta ola de crímenes son sus protagonistas. De todos los detenidos en el país durante el año 1964, cerca de un cuarenta por ciento eran menores de edad. El aumento de delincuentes juveniles es algo que hace temblar. Y no se trata sólo de jóvenes que rozan los veinte años; no. Son niños: niños menores de dieciséis. El número de chicos de esta edad detenidos por delitos graves en los últimos diez años ha aumentado en un ciento cincuenta por ciento, o sea, por encima de todos los demás delitos y delincuentes.

¿Qué lleva a estos niños al delito? ¿Cómo es posible que ocurran estas cosas? Las causas son muy complejas y para ir a su raíz habría que escarbar profundamente en la sociedad actual. No es problema que se resuelva en un año ni en cinco. Hay muchos chicos que viven en abandono casi constante de sus padres. Claro está que no es, generalmente, por voluntad de éstos. Los padres trabajan fuera durante la mayor parte del día; las casas no son acogedoras, ni siquiera habitables, porque no todo Nueva York es el rutilante universo de la Quinta Avenida. Hay también barrios pobres. El muchacho carece de parques donde jugar y su vida se hace en la calle. Aquí aprende a vivir una existencia que le muestra muchos ejemplos de violencia e insolidaridad. La delincuencia, en ocasiones, se presenta como un destino casi inevitable. En Cincinnati (Ohio), el joven Lee Arthur Henley ha sido condenado a la silla eléctrica. Morirá en la misma silla terrible donde fue ejecutado su padre... condenado por el asesinato de su mujer: la madre de Lee Arthur Henley.



el azote número uno de los estados unidos

Muchos de los delitos que se cometen en Nueva York son cometidos por toxicómanos. Los periódicos y emisoras se han ocupado del problema. La cadena de televisión C. B. S. dedicó un programa —«The business of heroin»— al caso. Hay todo un negocio montado sobre el comercio de los estupefacientes que moviliza capitales enormes. La dosis diaria de un toxicómano suele costar 40 dólares (unas 2.400 pesetas). Aunque la renta per cápita de los norteamericanos sea la más elevada del mundo, este gasto diario es muy fuerte. El toxicómano se procura este dinero por cualquier medio, cuando no lo tenga. De ahí proceden muchos delitos.

Los traficantes suelen comprar la heroína y la preparan ellos mismos para los consumidores. Algunos agentes de compraventa obtienen beneficios de medio millón de dólares anuales, unos treinta millones de pesetas.

Aunque las cifras oficiales dan unos 47.000 toxicómanos en todo el país, se supone que su número es mucho mayor. Cerca de 100.000 es una cantidad que se atribuye a Nueva York, y esta cifra la ha dado Robert Kennedy, senador del Estado. De todas formas está claro que no pueden hacerse cálculos exactos sobre estos números, que son difíciles de obtener y comprobar.

Dentro de la ciudad de Nueva York parece que la mayoría de los toxicómanos se hallan en Harlem, entre negros y puertorriqueños (que forman uno de los grupos humanos con entidad propia en la urbe). Pero, en realidad, no son ajenos a esta lacra ninguno de los diversos grupos. Es algo general.

harlem

De Harlem vienen las violencias más espectaculares y multitudinarias. Harlem es un barrio superpoblado, el barrio negro. La gente se amontona en las casas. Una vivienda, pensada para cinco o siete personas, alberga a veinte o veinticinco. Los caseros no querían alquilar sus pisos a los negros, porque inmediatamente se depreciaba toda la manzana. Harlem nació por eso: alquilaron una casa a un negro y al poco tiempo todo estaba lleno de ellos.

El barrio, urbanísticamente, está abandonado. Ya se sabe que la gente de color, a pesar de las leyes, recibe en el país un trato desigual a los blancos. Su distrito, también. Los caseros no reparan los desperfectos que el tiempo produce en los edificios y éstos, poco a poco, van estropeándose y arruinándose. Los servicios públicos mar-

chan peor que en cualquier otra zona: llega más tarde el correo, no se respetan mucho las direcciones del tráfico... Y, también, se dice, los policías son menos comedidos. Tienen pronta el arma para el castigo y no sienten ninguna simpatía por los negros. Estos miran a la Policía como un enemigo absoluto: los consideran agentes de la opresión y la discriminación racial, les acusan de crueldad.

Los disturbios son frecuentes, y mucho más en verano. A los golpes de porra, a los tiros de los agentes responden los negros como pueden. Muchas veces arrojándoles botellas, su arma preferida o más utilizada.

La violencia en Harlem no cesa. Crece. Porque los negros tienen, cada día más, conciencia de su injusta situación y, también, de su fuerza.

la gente no se compromete

¿Cuál es la reacción de la gente? La reacción es nula o negativa. La gente no se compromete. No quiere saber nada. Permanece encasillada en su propia tranquilidad y no le preocupa la suerte del vecino. El estado de ánimo que ha permitido la existencia de todas las dictaduras y tiranías del mundo parece haberse enseñoreado de la ciudad de Nueva York. «No te metas en nada», parece ser la consigna que preside las relaciones de los neoyorkinos respecto a la frecuencia del delito en sus calles.

Acaso la única excepción a la atonía general haya sido un grupo de judíos. Poco después del asesinato de la mujer de un rabino de Brooklyn, los judíos Hasidic decidieron formar entre ellos un cuerpo de protección. Ciento veinte voluntarios, dirigidos por el rabino Samuel Schrage, patrullan por los cien bloques de Crown Heights, el sector de la ciudad donde viven. Este cuerpo de voluntarios, llamado los «Macabeos», tiene varios coches acondicionados con aparatos transmisores que patrullan por las calles. Sin embargo, parece ser que no es suficiente: muy cerca de donde actúan, otra mujer fue raptada y apuñalada...

* * *

Esta es la situación en conjunto. Una situación grave, que puede presentarse en todas las ciudades que van camino de convertirse en monstruos urbanísticos como Nueva York. Las grandes aglomeraciones, junto a un mayor mercado de trabajo, traen también un mayor mercado de violencias y crímenes.

Victor MARQUEZ REVIRIEGO
(Fotos Camera Press-Zardoya)

NUEVA YORK

